

Antonio Pellicer Paraire

CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

OCTAVA CONFERENCIA

SOLIDARIDAD

Entre los fundamentos naturales de una sociedad libre, hemos de incluir el principio de *solidaridad*, que abarca la idea de la reciprocidad, el más bello concepto de justicia y la fraternidad práctica.

Recordemos cómo el trabajo socializado relaciona y agrupa a los hombres, cómo desarrolla la asociación en vasta escala, constituyendo los elementos de sociabilidad, y cómo el libre acuerdo enlaza y completa la organización social. Toda esa progresión de necesidades ineludibles, desde la conservación del individuo al bienestar general de la comunidad, satisfechas naturalmente, desarrolla el espíritu de fraternidad sincero, positivo, porque es también una necesidad del ser humano y del ser social, so pena de no haber sociedad posible, y porque nada hay que lo impida, lo vicie o lo anule; lo contrario hoy sucede, por las muchas razones que hemos expuesto, que hacen anatómicos todos los intereses y enemigos a todos los hombres. Destruídas las causas productoras del desorden social, la humanidad será buena y altruista hasta por egoísmo.

Ahora bien: es una deducción lógica del estado social bosquejado que la solidaridad será un hecho; pues cada individuo, como cada colectividad, atraviesa períodos sumamente críticos, durante los cuales necesitan del apoyo, de las atenciones y cuidados de los otros individuos o de las otras colectividades. No es menester gran discurso para convencerse de ello. Todo

individuo, en su infancia, en sus enfermedades, en su vejez, está imposibilitado de atenderse, y, por tanto, necesita del apoyo de los demás. Estas circunstancias difíciles las sufren todos los seres indistintamente; y claro es que en el interés, en la conveniencia, hasta en el egoísmo de todos está arreglar las cosas de manera que el necesitado sea cuidado con cariñoso celo; aun sin contar que sobre bondad para que espontáneamente se acuda a mitigar toda pena y a conllevar toda situación delicada.

También los pueblos más previsores hállanse sujetos a las brusquedades de la Naturaleza, que no siempre es la bondadosa y vivificadora madre; a veces es bien hosca y salvaje, y siempre la destrucción y la muerte por doquier, por medio de huracanes, terremotos, inundaciones, granizo o helado, que asolan los campos, derrumban edificios, cortan vidas y anulan esfuerzos innumerables. ¿Qué pueblo, qué comarca, no sufre alguna vez tales desdichas? Luego, aunque no sea más que por reciprocidad, se impone en la conciencia humana el deber de auxiliar con todos los recursos sociales a los pueblos desgraciados por los recursos sociales a los pueblos desgraciados por los que han tenido la dicha de librarse del infortunio. A pesar de la insolidaridad de la sociedad presente, algo se hace en este sentido, y cada vez con más notoria filantropía y actividad; ¿qué no cabe esperar de una sociedad más perfecta, en la que el egoísmo grosero no tendrá razón de ser?.

El principio de la solidaridad es natural y muy humano. Es una consecuencia de la asociación en todos los seres y una resaltante cualidad en el hombre. La solidaridad no es, por cierto, ni la humillante caridad, ni la vanidosa filantropía, formas degeneradas del sentimiento de la solidaridad: es la reciprocidad; es el derecho del coasociado, así para los goces como para los infortunios; es el característico humanismo de la civilización verdadera. La generosidad humana es muy grande, y ella sola es capaz, como lo tiene probado, cumplimentar esas necesidades individuales y colectivas; pero el hombre no quiere depender de la generosidad, que puede a veces ser insuficiente o tardía; él afirma el derecho al mutuo apoyo, a los recursos sociales para esto contribuye al patrimonio común y al general bienestar cuando se halla en condiciones de hacerlo; y justo es también que se establezca la reciprocidad en caso adverso. No viene el niño a pedir el calor de un hogar que no ha solicitado; no quiere el anciano implorar un auxilio después de haber dado toda su savia a la sociedad; no puede reclamar un socorro la mujer en sus penosos trances, cumpliendo una ley natural renovando la humana especie; no: es la asociación, es la sociedad, es la humanidad que se apresura, por su bien, por su respeto, por su alta afectividad, a recibir al niño con ternura, a ofrecer solícito el brazo al anciano, a cuidar a la mujer en sus más importantes funciones; y todo ello habiendo

organizado las convenientes instituciones con los más poderosos recursos de la Ciencia, embellecidas por el Arte y atendidas por todos con fraternal amor.

La solidaridad, pues, quedará instituida en la sociedad libre, como la libertad, como el derecho, como la justicia, como fundamento social.

INSTRUCCIÓN

Garantida la subsistencia del individuo por el trabajo fácil, higiénico y recreativo; organizada la sociedad por la libre asociación y el libre acuerdo; hermoçada esa sociedad con la práctica de la fraternal solidaridad en todas las contingencias: hállanse satisfechas todas las necesidades naturales, así materiales como afectivas y recreativas. Fáltale, sin embargo, a la sociedad libre un gran elemento, sin el cual ni sería libre, ni sería civilizada: la instrucción.

La instrucción es reclamada imperiosamente por la Ciencia; es necesaria para el desarrollo cerebral, como lo es la gimnasia para el muscular. Además, aspirando el hombre a la más amplia y efectiva libertad, no puede prescindir de la instrucción; porque la libertad únicamente la conquista el hombre con su saber, con la conciencia de su valía. Los pueblos han sido y son esclavos por su ignorancia; porque no saben regirse por sí mismos; porque aceptan toda ficción y engaño como cosas verdaderas; y no aciertan a distinguir lo que les conviene de lo que les es nocivo. Sólo a fuerza de dolorosa experiencia, de saber, han podido poco a poco levantarse de la primitiva estupidez. El mejor escudo contra todo tiránico propósito, la más firme garantía de la libertad, no es la fuerza, sino la razón bien cultivada. El hombre instruido se siente emancipado. Aún en los actuales tiempos, que nos vemos domeñados en todo, sufriendo una condición esclavizadora, el ilustrado es libre en su pensamiento y en todos los posibles momentos se yergue su altiva personalidad. No así el ignorante, que semeja un animal doméstico, presa de las preocupaciones, humillado ante sí mismo por su concepto de inferioridad y humillándose ante los demás con repugnante abyección. Siendo esto cierto, no precisa más esfuerzo para comprender la importancia y la necesidad de la instrucción como sólido fundamento social.

Y tanta importancia se le ha de dar a la instrucción, como al trabajo, como a la libertad, poniendo a su disposición todos los grandes recursos sociales, porque sin ella no hay arte, no hay ciencia, no hay progreso, no hay bienestar. No debe ser, como hoy, privilegio de una clase, dándose al pobre como mezquina limosna, mala, incompleta; sino que debe constituir un derecho propio de todos: niños y niñas, hombres y mujeres; además, debe ser enteramente práctica, integral. De la misma manera que todos los medios naturales y sociales serán utilizables y utilizados en la sociedad libre para el trabajo y para la vida de todos, asimismo deberán servir para la instrucción con toda la sabiduría, hasta el punto de que cada pueblo sea una vasta escuela, como un gran taller, para la mutua ilustración en todos los conocimientos posibles, y de tal modo práctica, que el estudio sea un trabajo y recreo y un medio de desarrollo. Desaparecidas, por no tener razón de ser, esas clasificaciones de profesiones nobles y serviles, manuales y liberales, sino que todo trabajo y todo servicio y toda ocupación será igualmente importante, el taller y el laboratorio, y la clínica y la granja y todo experimento u observación o descubrimiento será para todos positiva escuela.

En el común bien y en la mejor ilustración de todos se cifrará el bienestar individual, axiomático concepto que la sociedad presente se empeña en ignorar.

LIBERTAD

La libertad es una aspiración de todos los seres. Ello está en la Naturaleza. Hacer cada uno aquello que más le agrade, poner en acción todas las impulsiones, es el supremo goce. Por el contrario, toda impoción, toda violencia, causa instintiva, profunda repulsión. El hombre, que por su intelectualidad habría podido ahorrarse el sufrimiento de la esclavitud, se las ha arreglado de manera que es casi el ser más esclavo, ansiando más que ningún otro el libre ejercicio de su voluntad. Hemos explicado ya esta tan rara contradicción. Por fortuna se está efectuando un precioso trabajo de corrección, y el espíritu de libertad se revela cada día con más consistencia. A no haberse sufrido los grandes errores que hemos expuesto, causa de todo mal, no sería menester hablar de libertad, ni de igualdad, porque estas

condiciones se considerarían del mismo modo que pueden considerarse la luz y el aire, el comer y el dormir, esto es, circunstancias naturales o necesarias propios de nuestro organismo. Pero como en vez de mantener la libertad natural y la igualdad social, ha imperado la esclavitud, forzoso es conquistar y afirmar como fundamento social el principio de libertad.

Tan hijo de la Naturaleza es un hombre como otro. Nadie tiene derecho de oprimir a su semejante. Si nos hemos constituido en sociedad no ha sido para mermar nuestra libertad, sino para garantirla mejor, para realizar un más amplio y positivo bienestar. En consecuencia, y abonado por la dolorosa experiencia del pasado, importa, para el común bien, no abdicar jamás del natural derecho de ser libre, por ningún pretexto ni motivo, pues su firme mantenimiento es inexpugnable fortaleza contra el autoritarismo y la tiranía. Sin libertad, no hay derecho, no hay justicia, no hay equidad, no hay bienestar. Libertad, siempre libertad, en el trabajo, en la asociación, en la sociedad, en todo y para todo.

Los enemigos del pueblo propalan siempre la especie de que, sin el freno del autoritarismo, vendría el desorden, la brutalidad, el caos. Y esta argucia causa cierto efecto en las masas, contribuyendo al sostén del privilegio. Nada tan falso. En primer lugar, debiérase demostrar que con el autoritarismo no hay desorden ni malestar social, para probarnos su eficacia, en oposición al principio de libertad. Bien al contrario, lo que ha demostrado de un modo irrefutable es que la humanidad no puede seguir así, y que un cambio radical es exigido por todo el mundo, excepto por los que lo explotan inicua mente. No se necesita gran talento para comprender que no es orden el que se sostiene por la fuerza; que no es orden la incesante persecución y el continuo castigo, ni la guerra intestina entre los Estados, ni la profunda miseria y dolor en unos y la exuberancia de medios en otros, ni el motin, ni la revuelta, ni la violenta revolución, que es lo que vemos sin interrupción en las sociedades pasadas y presentes, esencialmente autoritarias; que no es orden todo esto, repetimos, sino desorden, atropello, iniquidad. Y si el principio de autoridad, por tantos siglos reinante, no ha podido conseguir la armonía social, ¿cómo creer que sin él sobrevendrá el caos, cuando el caos con él se ha producido? Le mata al autoritarismo su propia historia.

Anulada la autoridad, no queda más que la libertad triunfante.

Desde luego este redentor principio está de acuerdo con la Naturaleza y la civilización. ¿Y qué se le puede achacar a la libertad contrariamente al común bien, si nunca ha subsistido sino breves instantes en anormales circunstancias?. Aun así, y este es el segundo término de la cuestión, tiene en su favor la prueba. ¿Quién no se ha fijado en aquellos momentos que se suceden al triunfo de una revuelta o de una revolución, únicos en que un

pueblo queda dueño de la situación? ¿No se ha observado con qué febril ansiedad, cual si una especie de responsabilidad moral pesara sobre él, cómo se ocupa y preocupa de restablecer el orden, de las necesidades individuales y colectivas, de atenderlo todo, solventar todos los problemas, realizar en lo posible lo más directamente útil a la comunidad libertada? Precisamente, el implantamiento del artero autoritarismo en el movimiento victorioso, malogrando el esfuerzo liberal, es el que lo corrompe y prostituye, precipitando el desorden violento, para acabar dominando con el *orden impuesto*, otra vez la iniquidad. Además, es muy lógico suponer que, establecida la sociedad sobre bases racionales opuestos, causa del desorden, no hay para qué temer los excesos de la libertad, que tanto pregonan todos los explotadores, porque les va muy bien de esta manera; y más conservadores han de ser los pueblos de lo que no pueden menos que constituir su dicha, que no de lo que les sumerge en la desdicha.

Por todo lo cual, y porque es un derecho natural de todo ser, debe ser la libertad necesario fundamento social.

IGUALDAD

La mejor garantía, la precisa condición de la positiva libertad, es la igualdad. Por no haber establecido la libertad con la efectiva igualdad social, es que las victorias liberales se han perdido. Todos tenemos un igual orden de necesidades, como tenemos un mismo derecho. Para todos es la Naturaleza y de todos es el patrimonio social. Al tratar del trabajo, hemos demostrado como ninguno puede bastarse a sí mismo, y que la labor socializada es la que satisface con exceso todas las necesidades: obra es de todos, de justicia es que para todos sea su utilización. Por otra parte, si no existe el trabajador explotado y acaparado el trabajo de muchos por unos cuantos, es de todo punto imposible la irritante desigualdad que hoy reina. O el trabajo y el trabajador son libres, y planteada queda de hecho la positiva igualdad social, o de cualquier modo que se exploten los esfuerzos de otros la desigualdad subsiste, la libertad desaparece, continúa la tiranía y el general malestar se perpetúa. No hay otro dilema. Siendo esto axiomático, la obra emancipadora no será efectiva si no figura entre los fundamentos sociales el principio de la igualdad.

También un principio tan justísimo y natural como éste es fuertemente combatido por toda suerte de mangoneadores de la cosa pública y de explotadores de toda calaña, por la cuenta que les tiene, ya que toda su posición social se basa en la desigualdad, y se comprende que así sea por esta razón de propio egoísmo. Pero lo raro es que hombres de talento, que figuran en primera fila, sostengan con cierta convicción que la igualdad social no está en la Naturaleza; y en ello hemos de ver cuánto influye en el ánimo el peso de las preocupaciones dominantes por muchos siglos, puesto que de tal influencia no se libran entendimientos bien expertos y al parecer muy despreocupados. Precisa verdaderamente sufrir la obsesión causada por una historia larguísima de errores profundos para que pueda afirmarse que la desigualdad es la natural condición humana. ¿En qué se apoya tal absurdo? En que cada ser tiene necesidades distintas y una intelectualidad diversa; y como ni las necesidades, ni las pasiones, ni la inteligencia son iguales en todos los individuos, parten de esta base para construir su castillo de sofisticos razonamientos, y llegan a la conclusión que la igualdad es un ilusionismo imposible de trocarse en hecho real y positivo.

Analicemos brevemente esa doctoral afirmación. Es cierto que cada individuo es distinto a otro en lo físico, en lo moral, en todo; que uno es capaz de llegar a alturas extremas, y que otro será siempre un desdichado. Ello está en la Naturaleza, y por esto es tan bella e interesante: dos cosas exactamente iguales no se encuentran. La variedad es hija del movimiento; la igualdad física sólo se comprendería con la inercia, el quietísmo, la muerte. Perfestamente. Todo esto es racional, naturalismo. Pero, ¿es esa la igualdad que proclamamos nosotros, los más ardientes partidarios de que el individuo, en sus diferenciaciones, genialidades, sentimientos, aptitudes, pueda vivir satisfecho, sin ser cohibido en sus naturales impulsiones, pueda producirse como mejor se acomode con su temperamento, con sus deseos? No hay un hombre igual a otro; pero ambos necesitan comer, dormir, trabajar, amar, y cuanto es común a todos. ¿Se negará esta igualdad? ¿No ofrece a todos sus frutos igualmente? Que uno consuma más que otro, ¿impide que todos tengan igual derecho de consumir lo que le sea necesario a cada individuo? Y así, ¿no se satisface la variedad y no subsiste la igualdad en la Naturaleza? El que un estómago sea más exigente que otro, ¿autoriza la privación de comer al débil, o robarle sus alimentos? ¿Está esto en la Naturaleza? Y si pasamos a lo que es esfuerzo del hombre: que uno sea un sabio y otro sea un inexperto, ¿faculta que aquél, privilegiado por naturaleza, menoscabe los derechos y la libertad y el goce de todos los medios de la sociedad al infelíz? ¿No se coloca en circunstancias a todos para que goce más quien más apto sea para gozar, sin que se cohiba la dicha del menos desarrollado para ello? Y, al fin y al cabo, ¿quién es tan

privilegiado por naturaleza que no deba a las generaciones pasadas y presentes cuanto es y cuanto valga? ¿O se pretende, acaso, que cuanto ha acumulado la humanidad en provecho de las generaciones que vienen, hasta la robustez y la excelente concepción de la madre que da al mundo un organismo bien equilibrado y muy perfecto, sea por éste explotado todo, ergiéndose en señor de los demás?.

Hay aquí un falso concepto de la igualdad; pues no se quiere, ni nadie lo ha pretendido, la igualdad de los seres, sino la igualdad de condiciones y de medios en la naturaleza y en la sociedad, que es cosa muy distinta. Si yo tengo derecho a mi libertad, al trabajo, a la instrucción, a la solidaridad, a todo lo social, como coasociada que soy, igual que todos los demás, ¿en qué, ni cómo, atropello el derecho ajeno, o en qué estoy fuera de la Naturaleza? Y si un asociado, en igual derecho que el mío, por muy singular o sobresaliente que sea, no puede acaparar mi trabajo y mis servicios, en su único provecho y en perjuicio mío, lo cual no puede admitirse ni por naturaleza, ni por justicia, ni siquiera por la dignidad del hombre más útil, que acusaría una soberbia detestable, ¿cómo, de qué manera se establecerá la desigualdad? ¿Será un gran artista, un sabio extraordinario? El tendrá la inmensa satisfacción de serlo, y los otros de aplaudirle en sus obras, pero ello no le hará gran propietario o capitalista o gobernante, si no ataca la libertad y no se apodera del trabajo de los demás, que es lo que sucede hoy, y maldito lo que se halla ello conforme con las leyes naturales ni con la equidad.

En consecuencia, es un sofisma, una preocupación, plantear la cuestión como la plantean esos señores, por inteligentes que sean, y reconociéndoles cierta sinceridad, que no se aviene muy bien con el sofisma.

Basta lo manifestado para probar que la igualdad de condiciones, la igualdad social, es natural y equitativa y necesaria para que la sociedad pueda ser libre, puesto que ella es la garantía de la libertad, con la instrucción, y representa la más alta civilización.

FRATERNIDAD

La consecuencia natural de una sociedad igualitaria y libre es la *fraternidad*. Ni la envidia atormentadora causada por la diferencia de clases; ni el relajamiento del carácter y el exacerbamiento de las malas pasiones, por

efecto de la sujeción y miseria; ni la brutalidad ocasionada por la ignorancia; ni la guerra interna o externa producida por la ambición de los poderosos; nada de esto tendrá razón de ser, pues destruídas las causas, quedan anulados los efectos, y la humanidad será fraternal sin esfuerzo ninguno, y se encaminará amorosa y tranquilamente al summum posible de la bondad y perfección humana. La fraternidad, pues, debe ser también fundamento social.

CONCLUSIÓN

Hemos llegado al fin de la tarea que nos habíamos impuesto, esto es, popularizar la Sociología, para orientarnos en la embrollada madeja de la cuestión social. Saber de dónde venimos, lo que somos, y a dónde nos encaminamos, que es el pleno objetivo de la ciencia social, resumen de toda la experiencia o ciencia humana. Por ella nos damos cuenta de las cosas naturales y de las sociales; conocemos los errores que tantos males han causado a la desdichada humanidad en su larga carrera, y la necesidad de que se verifique una positiva corrección, para que los dolores que sufrimos, no procedentes de Natura, sino de la arbitrariedad humana, cesen de una vez para siempre, y obtengamos todos el goce que nuestros esfuerzos y nuestros organismos reclaman.

La pequeñez de nuestro trabajo no puede satisfacer seguramente todas las exigencias, todas las dudas, todos los aspectos de la gran cuestión social. Se necesitarían sendos volúmenes para ello. Nuestro deseo ha sido sólo compendiar la exposición de las causas del malestar que sufrimos e indicar las condiciones principales que debe reunir la sociedad para que aquellas causas desaparezcan. Creemos que con las bases expuestas se ha de lograr el fin propuestos; creemos más: que con sólo esta frase realizada *no más explotación del hombre por el hombre* se ha de conseguir perfectamente la más completa emancipación social, porque ella excluye toda suerte de tiranías y encierra un vasto programa emancipador. Ella está estampada en primer término en toda obra de progreso y figura en el primer estandarte de las huestes que luchan por el bienestar humano.

Todas las demás cuestiones que integran el problema social, fuera de los fundamentos que hemos solamente esbozado, las juzgamos secundarias,

dependientes de la época, del carácter, de las circunstancias en que se efectúe la transformación de la sociedad, difícil, si no imposible, de precisar hoy.

Prescindiendo de partidos y de escuelas, de nombres, de opiniones individuales, abrigamos la convicción de que la humanidad se dirige a estos hechos: *Trabajo libre; asociación libre; libre acuerdo*; o, en otros términos, que en esencia son los mismos: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Y afirmamos que mientras el Trabajo no sea libre no se realizará ninguno de estos principios; así como en el preciso momento que sea emancipado se implantará todo el programa emancipador. Porque el Trabajo es el verdadero eje de la sociedad humana.

Es muy posible que no hayamos conseguido estar a la altura del propósito que nos moviera en estas CONFERENCIAS; pero si la obra es mala, tenemos por muy buena la idea que la ha inspirado, pues de otro modo no la habríamos realizado, y esperamos, deseamos ardientemente, que otros más preparados la acojan y la completen con todas las galas e la Ciencia, pues nosotros hemos puesto en ella más voluntad que competencia.

Y con esto, damos por terminadas estas CONFERENCIAS.

Salud a todos.

Y emancipación social.